

CONALI INFORMA

Jesús, buen samaritano

Prefacio Común VIII

El año de la misericordia avanza con pasos de gigante. Casi ni cuenta nos hemos dado qué tan de prisa a transcurrido. Estamos a poco menos de cinco meses para culminar con este tiempo de gracia que el Papa Francisco invitó a celebrar a partir del 8 de Diciembre del 2015. No obstante a ello, nosotros deseamos seguir aportando a la reflexión desde la liturgia para que quienes son tocados por la gracia puedan encontrar y apreciar la gratificación de un corazón reconciliado y disponerse a servir con generosidad y entusiasmo, dando y dándose a ejemplo de Jesucristo que pasó haciendo el bien.

En esta oportunidad se hará una reflexión a la luz del prefacio común VIII. Prefacio conocido con el nombre de “*Jesús, buen samaritano*”. Para comenzar, haremos un pequeño recuerdo sobre qué es un prefacio y qué lugar ocupa éste dentro de la celebración eucarística para terminar con una reflexión teológico pastoral.

A saber, lo primero que diremos es que la palabra *prefacio* deriva del latín. Es fruto de la suma de dos componentes: el prefijo *prae* que es sinónimo de *antes* y

del verbo *fari* que es equivalente a *hablar*. Por lo tanto el prefacio es una voz que hace referencia generalmente a una sección o parte introductoria de una publicación. Se trata del preámbulo que se ubica en el inicio de un libro u otro tipo de trabajo impreso y que, por lo general, funciona como una especie de guía para el lector. Pone ante la mirada el horizonte hacia dónde dirigirse. En la RAE se encuentran dos significaciones: por un lado señalará que corresponde al prólogo o introducción de un libro y por otro lado señala que la palabra prefacio usado por la religión hace referencia a una parte de la misa que precede inmediatamente al canon¹.

Cabe preguntarse si estas definiciones responden al sentido que le da la liturgia al prefacio. Las respuestas pueden ser diversas, sin embargo lo más apropiado es decir no. ¿Por qué no? Bien, en

¹ El canon corresponde a lo que después de Vaticano II llamamos Plegaria Eucarística. El término canon está tomado en sentido de oración canónica, oración por excelencia. Hoy, por la diversidad de formularios, es mejor usar la expresión Plegaria eucarística.

palabras de Floristán, C. (2001) señalaremos que el prefacio corresponde al primer elemento de la plegaria eucarística, a saber: la invitación a la alabanza por medio de un diálogo que termina con el *sanctus*; es decir no es lo que precede al canon sino más bien es parte de él. No cualquier parte sino la primera, con la que se inicia la gran acción de gracias.

Por lo anterior, no es acertado aplicar estos sentidos al comienzo de la plegaria. De aplicarse podría dar pie a una mala interpretación de ésta llegando a creer que la plegaria eucarística solo comienza después de esta acción de gracias. El prefacio para la liturgia es ante todo una proclamación, esencialmente una proclamación de alabanza. La aclamación se hace por Dios mismo como ocurre en la plegaria IV² o directamente por Cristo como acontece en la plegaria II³. Al mirar el misal romano podemos encontrar más de ochenta prefacios, expresando cada uno los motivos de alabanza.

Independientemente de cuál sea el inicio de la proclamación siempre será trinitaria ya que la Iglesia da gracias al Padre por Cristo en el Espíritu Santo, por

² “*En verdad es justo darte gracias, y deber nuestro glorificarte, Padre santo, porque tú eres el único Dios vivo y verdadero que existes desde siempre y vives para siempre; luz sobre toda luz. Porque tú solo eres bueno y la fuente de la vida, hiciste todas las cosas para colmarlas de tus bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria...*” Plegaria eucarística IV.

³ “*En verdad es justo y necesario, en nuestro deber y salvación darte gracias, Padre santo, siempre y en todo lugar, por Jesucristo, tu Hijo amado...*” Plegaria eucarística II.

todas sus obras, por la creación, la redención y la santificación. Toda la asamblea se une entonces a la alabanza incesante que la Iglesia celestial, los ángeles y todos los santos, cantan al Dios tres veces santo pregustando lo que será en la liturgia eterna (Cf. SC 8).

De un modo sucinto podemos señalar que con la plegaria eucarística comienza el centro y cumbre de toda la celebración eucarística, en cuanto que es la plegaria de acción de gracias y de santificación por excelencia. El sentido de esta oración es que, con un corazón elevado a Dios, nos podamos unir con Cristo en la alabanza de las maravillas de Dios y en la ofrenda del sacrificio (Cf. OGMR 78).

Antes de ir al prefacio que nos convoca, miremos con atención la estructura fundamental de la plegaria eucarística para poder comprender de mejor modo el sentido que éste tienen al interior de ésta. Se diferencian nueve elementos, a saber: Diálogo inicial; *acción de gracias o prefacio*; la aclamación o “Sanctus”; epiclesis; narración de la institución y consagración; anamnesis; oblación; intercesiones y doxología final (Cf. OGMR 79). Vemos, entonces que la definición aportada por Casiano Floristán está en concordancia con las Introducción General del *Missale Romanum*.

¿Qué se puede indicar, más allá de esta introducción general que se ha dado, sobre el prefacio VIII?

El prefacio de ‘*Jesús, buen samaritano*’ es uno de los diecinueve prefacios comunes que propone el Misal Romano

para el Tiempo Ordinario y, como ya se ha dicho, corresponde al prefacio común VIII. Su presencia en el Ordinario de la Misa o Nuevo Ordo *missae* es a partir de la edición renovada en castellano de 1988.

La Congregación para el Culto Divino, el 21 de marzo de 1988, da una declaración sobre las plegarias eucarísticas y los experimentos litúrgicos, dirigida a los presidentes de las Conferencias Episcopales y a los Presidentes de las Comisiones Nacionales de Liturgia. Con el fin de evitar algún tipo de distancia entre la liturgia y la fe, ya que éstas están tan íntimamente unidas y relacionadas que el servicio que se le preste a la una repercute en la otra⁴, la Declaración permite hacer uso de otros prefacios que en el curso de los años había sido aprobado por la Congregación para el Culto Divino y no estaban, en la actualidad, en vigencia en el Misal Romano. Acogiendo entonces, el permiso entregado por la Sede Apostólica el Nuevo Ordo *missae*, incorpora el prefacio común VIII, *Jesús, buen samaritano*.

El Misal Romano, al respecto, señala que el prefacio común VIII se ha de usar en las misas que carecen de prefacio propio y no deben tomar un prefacio del tiempo. Especialmente *es recomendable usarlo en el domingo XV del tiempo ordinario del año C y el lunes de la semana XXVII del Tiempo Ordinario*. Con estas palabras el Nuevo Ordo *Missae* guarda fidelidad a la Declaración recientemente

⁴ Cf. Carta circular *Eucharistiae participatio-nem*, 1970.

emitida⁵, enriqueciendo el conjunto de oraciones o eucología para las celebraciones eucarísticas.

Prefacio VIII y Tiempo Ordinario

Ahora bien, si el Tiempo Ordinario es un tiempo en que se subrayan de modo especial aspectos particulares del misterio de Cristo y tiempos en los que se recuerda, sin más, el misterio de Cristo en su globalidad y plenitud, como lo señala Gaitán⁶ Entonces ¿Qué aspectos son subrayados en el prefacio de Jesús, Buen samaritano que ayudan a vivir este año de la misericordia?

Veamos lo que dice el prefacio VIII, llamado prefacio de Jesús, buen samaritano:

*En verdad es justo darte gracias
y deber nuestro alabarte,
Padre santo, Dios todopoderoso y
eterno, en todos los momentos y
circunstancias de la vida,
en la salud y en la enfermedad,
en el sufrimiento y en el gozo,
por tu siervo, Jesús, nuestro Redentor.
Porque Él, en su vida terrena,
pasó haciendo el bien
y curando a los oprimidos por el mal.*

⁵ Cf. Sagrada Congregación para el Culto Divino, *Declaración sobre las plegarias eucarísticas y los experimentos litúrgicos*, 21-III-1988

⁶ GAITÁN, J., *La celebración del tiempo ordinario*, Biblioteca litúrgica, Barcelona 1997

También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo

y el vino de la esperanza.

Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual

en tu Hijo, muerto y resucitado.

Por eso unidos a los ángeles y a los santos, cantamos a una voz, el himno de tu gloria: Santo...

Al mirar el cuerpo central del prefacio vemos cómo se hace patente la memoria de las maravillas que realizó y sigue realizando el Padre por su Hijo en el Espíritu Santo. Vemos que vivir el día a día, la cotidianidad de la vida con todo lo que acaece, cuando parece que nada extraordinario acontece, el Señor nos sigue invitando, en su liturgia, a hacer de este tiempo algo maravilloso. Maravilloso en cuanto que él hace historia con nosotros, en cuanto que sana y vinda las heridas de quien se siente necesitado con el bálsamo de su ternura misericordiosa, cura las heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.

Nos invita a andar de continuo como Jesús anduvo que en su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. Impulsando a no dejarse llevar por la prisa del día a día, a no detenernos en las orillas de la vida o no pararse para ver pasar al necesitado. Quien se deja llevar por ella oscurece su mirada, pone sordos sus oídos para oír al

que clama buscando un favor suyo. Dejarse llevar por la velocidad, con que pasan las horas o las demandas que implica cada espacio, sólo nos aleja de una auténtica configuración con Jesucristo, asemejándonos al sacerdote o levita que describe en evangelista Lucas (Cf. 10, 25-37) que no pudieron ver y ser compasivos, con Aquel malherido que estaba al borde del camino, por tener perdidos los ojos del corazón.

Sin duda, la rapidez del día a día pueden hacer de los hombres y mujeres personas centradas en las propias preocupaciones y descuidadas de aquellos que están en el camino esperando una mirada de atención o unos abrazos de acogida o una palabra de aliento o una voluntad generosa como aquella que mostró el buen samaritano. A saber, a pesar de los juicios y prejuicios que tenían hacia él, puso sus necesidades en segundo plano en pos de un bien mayor: vió y se compadeció.

La invitación a ver y compadecerse sigue siendo actual. Configurarse con Cristo, implicará necesariamente involucrarse con el sufriente para curar sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza como lo hace Cristo. Es acompañar silenciosa y contemplativamente al prójimo, al hermano. Dejándose mover por el impulso compasivo que convoca a la acción.

Ser samaritano implica hacer el proceso que describe el mismo Jesús en la parábola: primeramente ver de cerca y compasivamente al que sufre no como un impedimento en mi camino sino como

una posibilidad para él en su camino; luego acercarse y tomarlo responsablemente con las manos para vendar las heridas, vale decir es un quedarse junto a y darse quedándose; finalmente actuar compasiva, solidaria y comprometidamente transformando y humanizado toda la realidad. En suma, es dejar que el hilo conductor sea el amor.

A modo de conclusión

Dicho de otro modo, el prefacio VIII nos recuerda que la conversión es siempre un proceso doloroso y solitario, único, personal en cuanto que nadie puede hacerlo por mí, yo tengo que aprender a amar exactamente lo que hasta ahora no quería y abandonar exactamente lo que hasta ahora me gustaba para llegar a decir, como San Francisco de Asís cuando comenzó a hacer penitencia y a usar la misericordia hacia los leprosos, "*aquello que me parecía amargo me fue cambiado por dulzura de alma y cuerpo*".

En fin, el prefacio de *Jesús, buen samaritano*, como acontece en general con los prefacios del Tiempo Ordinario, ayuda al creyente a captar la profunda relación entre tiempo e historia de la salvación, siendo su punto culminante el Misterio Pascual.

Ciertamente su riqueza teológica, espiritual y pastoral es innegable. Proporcionando elementos a la asamblea que le ayudan a una participación activa y consciente de la celebración eucarística y por qué no decir que también le da pistas concretas para que sea fructuosa.

Lo anterior patentamente cómo ha sido acogido el anhelo, expresado por los padres conciliares en su Constitución sobre la Sagrada Liturgia, que éste sea consciente, activa y plena favoreciendo la participación (Cf. SC 11, 14, 48, 79).